

Con las estrellas

Roberto Fernández

«PRIMERAMENTE QUISIERA DARTE LAS GRACIAS POR INVITARME A TU BELLO programa y quiero decirte que es uno de los pocos programas que veo debido a mi exigente horario de trabajo. Sé que tanto tú como Fifi han trabajado para llevar este programa a la posición que goza hoy día entre los televidentes. No es fácil realizar un programa de esta índole.» Titina le dio una palmada en el hombro a su anfitrión.

«Para mí es difícil decir lo que voy a decir, pero Titina, la estrella, también tiene el derecho de desahogarse. He tenido la suerte que la vida me sonrió después, pero de joven la pasé muy dura. Si se fijan bien en mi piel verán que tiene unas tenues franjas azules y blancas. Y, ¿ustedes saben por qué tengo estas franjas? Porque mi madre me las hizo con «dye». Bueno «dye» en inglés, en español, se dice añil. Ella quería que ganara un concurso de bandera cubana y se empeñó que un traje de bandera estaba muy visto, pero si fuera natural no tendría rival. El premio era un viaje a las Bahamas con un acompañante. Y ella quería ser la acompañante, porque decía que estaba muy cansada de trabajar en la fábrica y que ésta iba a ser la oportunidad de su vida para pasar-se un fin de semana en un crucero sin hacer nada.

Esa noche me metió en la bañera y me tiñó. Cuando salí y me vi en el espejo me dieron temblores. Y ella me dijo: «Eres la bandera más linda del mundo. Después cogió líquido de teñir zapatos de enfermera y me pintó una estrella, una sola estrella. Yo en ese momento quería más de una estrella. Me dijo que me callara que ya tenía la solitaria y como mi abuela Lola me decía que no me metiera los dedos en la boca que iba a coger solitaria, pensé que me estaba convirtiendo en lombriz y comencé a dar gritos. Mamá me dijo que si seguía dando berridos me iba a quedar sola en el mundo. Esa noche lloré mucho. Cuando desperté, no pude levantarme. Estaba encadenanda. Mi abuela Lola vino y le dijo: «¡Qué barbaridad, Tita! En todo caso, serían solamente las manos. Suéltale los pies que eso no tiene que ver nada con el concurso.»

Esa mañana me montaron en un carroza cubierta de cañas y yo en el centro. Me pasearon por toda la Calle Ocho. Mi madre que pensaba que iba a ganar el concurso, ya me había alquilado para diferentes eventos como fiestas patrias, inauguraciones de negocios, elecciones, reuniones escolares. Pero no gané el concurso, quedé en segundo lugar porque el jurado insistió que la estrella tenía seis puntas y no cinco como se especificaba. Mamá tuvo que devolver el dinero a los que me habían alquilado y jamás me perdonó que

perdió su crucero a las Bahamas. Desde ese entonces, me dijo que ella no estaba muy segura si yo era o no era su hija. Ahora sé que no lo dijo por mala sino porque se trastornó en este país. Este país trastorna a la gente. Por eso siempre insisto en mi *show* que los hispanos tenemos que mantenernos unidos.

Recuerdo que esperé hasta mi fiesta de quince que era lo que más anhelaba en la vida en ese momento. Era imposible vivir con una mujer que le decía a todos los que veía que yo no era su hija. Papá le insistía: «Tita, déjate de locuras.» Una semana después mi abuela Lola y yo nos fuimos de la casa. Papá nos dio el dinero para la Grayhound y salimos rumbo a Union City, New Jersey. Fuimos a vivir a casa de un sobrino de abuela. Papá nos advirtió que nos quedáramos allí hasta que mamá se normalizara. Al principio el sobrino fue muy amable porque se creía que abuela tenía dinero. Un día abuela lo pilló abriéndole la correspondencia y se peleó con él. Agustín, que así se llamaba el sobrino de abuela, buscaba interceptarle el cheque del refugio a la pobre vieja.

Como no había dinero para pagar dos pasajes de regreso en la Greyhound, abuela se fue primero. Ella me prometió enviarme el importe tan pronto llegara a Miami, pero yo le dije que no se preocupara que yo regresaba haciendo auto-stop. En aquella época sí se podía hacer auto-stop sin el riesgo que te mataran.

Comencé mi viaje de regreso en la Turnpike de New Jersey con el hijo de un amigo de Agustín que se llamaba Raulito. Raulito quería irse a vivir a Key West. Después de como dos horas a la entrada de la carretera paró un camión. Era un camión diesel color amarillo brillante. El camionero nos convenció que siguiéramos con él hasta Nueva Orleans. Y así lo hicimos.

Recuerdo que saqué la armónica que me había regalado Patty Febles para mis quince, y que tenía guardada dentro de una pañueleta roja. Mientras tocaba, Raulito y el camionero cantaban los boleros más tristes del mundo. El camionero suspiraba por una novia que había dejado en Matanzas. Para los que me están escuchando y no son cubanos, Matanzas es una ciudad en la costa norte de la isla. Se llama así porque hubo una mantanza muy grande de puercos jíbaros para la Nochebuena de 1693. Como les iba diciendo, Raulito y el camionero cantaban y como llovía a cántaros, el ruido de los limpiaparabrisas nos servía de acompañamiento.

Cuando llegamos a Nueva Orleans no teníamos un centavo y el camionero nos dijo que si le alegrábamos el viaje con boleros nos llevaría hasta California que era el fin de su trayecto. Seguimos en el camión por toda la carretera número diez.

Ya en California, en un pueblo que se llama Salinas, Raulito se enroló en un barco camaronero y más nunca lo volví a ver. Me sentí aterrada, pero amaba la libertad, y total, ya no tenía nada que perder. Empecé ganándome la vida tocando la armónica en los cafés al aire libre. Unos meses después, la dueña de un cafetín me ofreció un trabajo de mesera. Allí trabajé por diez años y no supe más de mi familia. Es duro decirlo, pero es la verdad. Un día que hacía un viento que podía volver loco hasta el más cuerdo, después de trabajar, estaba sentada en una de las mesas tomando un refresco y tocando

una canción que se llama: «En el tronco de un árbol». Y entonces, tuve la buena suerte que Celia había parado en el cafetín a tomarse un batido de mamey. Me estaba escuchando sin yo saberlo. Si lo hubiera llegado a saber me hubiera dado un patatús. Entonces, Celia se me acercó y me dijo: «Muchachita, tú tienes que venir conmigo.» Con Celia comencé trabajando de rumbera, y luego haciéndole arreglos musicales. El resto ya lo saben ustedes. Fui subiendo como la espuma. Y por eso, este país es grande. Cualquier adolescente desorientada puede llegar a ser la próxima Titina.

Hay dos cosas que me pesan. No haber vuelto a ver a Raulito. La otra es que no sé si mi abuela está viva o no. La vida me hizo separarme de ella y ahora me pesa no haberla buscado. No creo que me reconozca si me viera pues he cambiado tanto. Aún me da tanto sentimiento que «mire como me corren las lágrimas.»

«Aquí tiene para que se seque esas lágrimas.»

«Te lo agradezco, Fifi, pero no puedo secarme con esa marca. Tengo un contrato que estipula que sólo puedo usar Kleenex. Pero te agradezco ese gesto tan bonito que has tenido conmigo.»

